

Ved si regalo de mayor valía  
Pudiera presentaros el anhelo  
De agradaros, serviros y ensalzaros  
Que abriga el corazón de vuestro siervo.

Flores, á las alumnas; doy espinas  
De las maestras al querido gremio.  
¡Quiera el Señor multiplicar las flores  
Y á las espinas dar también aumento!



## DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE  
NIÑAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, DE MÉXICO,  
EL 1º DE AGOSTO DE 1889.



**G**RA mi intento venir tan sólo, como espectador obscuro, á esta solemnidad, y veros silencioso recibir las coronas que recompensan vuestro mérito y vuestras fatigas. La Providencia, siempre sabia, ha dispuesto de otra manera. Vuestro Pastor detenido en su morada por aguda dolencia, se ve obligado á privarse del acostumbrado placer de distribuiros personalmente los premios, y me ha conferido el encargo, para mí tan grato, de hacer las veces de su venerable persona. Si no he vacilado en dejar mi diócesi, en días en que hubieran deseado retenerme á su lado mis propias ovejas, casi únicamente por acompañaros en momentos para vosotras tan memorables, figuraos el placer que habré sentido al colocar yo mismo las coronas en vuestras sienes, al ceñiros las bandas que forman el objeto de vuestra justa ambición, al suspender al cuello

de niñas cuyo mérito hace tiempo me consta, el medallón que tan pocas llegan á alcanzar. El encargo que he recibido me impone al mismo tiempo el deber de dirigiros algunas palabras de felicitación y de estímulo; y si otras veces he rehusado hablaros, por temor de parecer intruso, de arrogarme funciones que no me competen, ó de presentarme como dueño en donde no soy sino huésped, hoy no vacilo en desplegar mis labios, pues mis frases, aunque desaliñadas, no deben recibirse como mías, sino cual si fueran proferidas por vuestro propio Prelado y favorecedor, cuyo lugar ocupo en estos momentos.

Debo felicitaros ante todo por vuestro número siempre creciente. No parece sino que el Colegio del Sagrado Corazón es el grano de mostaza de que habla el Evangelio, que siendo al principio diminuta semilla, se convierte en árbol de colosales dimensiones. Si volvemos la vista hacia atrás, y recordamos los primeros tímidos pasos de las fundadoras de esta casa; si nos representamos el reducido albergue que cobijó á las primeras maestras y á sus escasas alumnas, y comparamos todo con la atrevida y rápida carrera con que hoy avanzáis, con este espléndido edificio que, vasto como es, no tiene aún la capacidad suficiente para contener á sus numerosos habitantes, no podemos menos que reconocer que todo es obra de Dios, y que á ello habéis cooperado vosotras con eficacia. En efecto, si no hubierais sido dóciles á la voz de vuestras directoras, si no hubierais trabajado con tesón y adelantado rápidamente, en letras y en virtud, vanos habrán sido los esfuerzos de vuestras profesoras, y ni la fama del Colegio se ha-

bría extendido, ni se habría poblado su recinto. Pero fué tal el apego que desde el principio mostrasteis á este plantel, tan rápidos y tan pántentes fueron los progresos de que disteis pruebas, que atraídos los padres de familia por el suave olor de vuestra fama, quisieron que sus hijas participaran de las ventajas de que disfrutabais, y recibieran la misma brillante educación que se comenzaba á impartiros.

Este es, en verdad, el mejor elogio que pudiera hacerse de la sociedad mexicana. Abundan, es cierto, en la Capital escuelas de todo género, ya pertenecientes al Gobierno, ya dirigidas por particulares, ya bajo la dependencia directa de la Iglesia. Absurdo sería negar que están perfectamente montadas y que se hacen todos los esfuerzos posibles para conservarlas á la altura correspondiente; y de seguro que al establecerse el Sagrado Corazón no ha tenido la menor idea de disminuir el crédito ni el número de los planteles existentes, ni los mira en modo alguno como rivales.

Pero ya habéis tenido ocasión de observar que esta escuela es de un género especial; que por la experiencia, número, disciplina y diversa nacionalidad de sus directoras, se halla en circunstancias de impartir una educación más variada, más sólida, más acomodada á las exigencias de la época actual, que cualquiera maestra aislada, ó cualquiera otra corporación. Así lo han comprendido vuestros padres, oh niñas, y basta recorrer el catálogo de las educandas, y fijarse en vuestros apellidos, para comprender la aceptación universal con que ha sido favorecido este instituto. Separados por un abismo de opiniones, difiriendo en el modo de pensar y

en la manera de ver los acontecimientos pasados, presentes y futuros del mundo en general, y en particular de nuestro país, parece que todos convienen en este único punto: que la educación que aquí recibís es inmejorable; que en nada se opone á nuestro modo de ser en la actualidad; que, por numerosas que seáis, halláis en esta casa otro hogar, otras madres, otras hermanas que reemplazan siempre, y algunas veces con ventaja, á las que dejáis en la morada paterna ó la muerte os ha arrebatado.

Y no es, en verdad, maravilla. Soy amigo muy viejo del Sagrado Corazón, y puedo aseguraros, no por relaciones ajenas, sino por experiencia propia, que la misma aceptación encuentra en todos los países civilizados, y que ha durado ya muchos años. Conocí, siendo yo aún muy joven, á la venerable fundadora de este benemérito instituto docente. No era todavía sacerdote y ya disfrutaba á menudo de la dulce y santa conversación de la docta anciana que hoy dirige con tanto acierto los centenares de casas semejantes á la vuestra, esparcidos por todo el mundo. Muchas hijas y hermanas de íntimos amigos se han educado en el Sagrado Corazón; y tanto en la época en que las visitaba yo, todavía pequeñas y revestidas del traje de colegialas, como en años posteriores en que las he vuelto á ver convertidas en madres de familia y señoras de lo que se llama el gran mundo, su brillante comportamiento en la sociedad, en la familia, en la escuela, su religiosidad y devoción no afectada, su instrucción, su laboriosidad, me han probado la excelencia de la educación que en planteles como éste se recibe.

Tengo fama, aunque más de lo que merezco, de consumado viajero. Más de una vez me ha sucedido, en medio de esa sociedad tan variada que se encuentra en fondas y en vapores, que al ver á alguna dama de porte poco señorial, exclamen, no monjas ni sacerdotes, sino hombres de mundo: "dice esta damisela que fué educada en el Sagrado Corazón; pero es imposible: no son estos los modales de las que beben las letras y la urbanidad en fuente tan pura." No llevéis á mal que en el momento en que salís, unas por poco tiempo, otras para siempre, al mundo que habíais dejado, os narre una anécdota insignificante en sí misma, pero que os hará ver el cuidado con que debéis portaros en la sociedad, cuantas habéis tenido la dicha de ser dirigidas, siquier por breve tiempo, por las maestras que militan bajo el estandarte del Sagrado Corazón.

Esparcidas por el mundo tengo en sus diversos establecimientos á no pocas que he podido en varias épocas apellidar con razón madres, hijas, hermanas. ¿Me será permitido haceros partícipes de la dulce satisfacción que sentí hace dos años, al ver á una anciana profesora derramar lágrimas de placer al verme después de larga ausencia, y exclamar conmovida: "me parece volver á mis juveniles años, cuando visitabais todavía casi niño esta casa, ó cuando más tarde veníais á ejercitar en nuestra capilla las funciones de diácono ó de nuevo presbítero"? ¿Tacharéis de presunción el que os diga cuán frecuentes sorpresas experimento cuando visito las casas del Sagrado Corazón de diversas partes de Europa, al ver venir hacia mí á alguna grave maestra, y decirme: "¿no reconocéis en mí á la juguetona alumna de tal co-

legio que visitabais á menudo?" "Ved bajo este tocado á la niña que en el salón de tal parte se hallaba cuando conversabais con tal maestra, con tal condiscípula"?

Me tomo la libertad, oh niñas, oh venerables sacerdotes que asistís á esta reunión, de recordar incidentes de un carácter tan personal, para que no extrañéis la intimidad con que me favorecen las dignas directoras de este plantel, ni el interés que me habéis visto tomar en el Sagrado Corazón desde que sus hijas pusieron la planta en nuestro suelo. Os dije que he rehusado siempre parecer como dueño donde no soy sino huésped; pero debo añadir que en ninguna parte se me trata como á huésped, sino como á miembro de la familia. Ni en mi propia casa de San Luis Potosí, por mí fundada y por mí protegida y fomentada, me atrevo jamás á intervenir en lo más mínimo en el régimen interior; pero eso no impide el que se me mire allí y en todas partes como padre, y que se soliciten á veces mi dirección y consejos, de que saben soy muy avaro, mostrándome en ocasiones sobrado esquivo. ¡Conozco tantas casas, á tantas personas, soy amigo del instituto desde hace tantos años, que á veces no es inútil una palabra mía, ni yerro tanto al dar una opinión que se me pide! Saben todas que soy en extremo celoso de la reputación del Sagrado Corazón y que nada deseo tan ardientemente como el que sus casas no degeneren en México, á pesar de las circunstancias poco favorables, y el que sus miembros se conserven á esa altura á que sólo puede elevar una disciplina severísima y una estricta observancia de leyes trazadas por la experiencia, la santidad y la doctrina de quienes bien podemos llamar nuestros mayores. He aquí por qué

me buscan, y me dejo hallar, y busco yo mismo de muy buen grado al Sagrado Corazón. He aquí por qué, no sólo en mi propia casa, sino en todos los planteles hermanos, puedo sin temeridad, y sin que nadie tenga por ello ocasión de maravillarse, apellidar á las hijas del Sagrado Corazón como San Jerónimo llamaba á Paula y á Melania, *velit nolit mundus in Christo meas*.

¡Queridas niñas! Mucho habéis perdido al oír mi débil palabra, en vez de la que esperabais de vuestro propio Padre y Pastor. Siento en extremo la causa que tan desfavorable trueque ha acarreado; pero me alegro de tener esta oportunidad de deciros, para que lo repitáis á vuestras familias, que extendiéndose mi interés por el Sagrado Corazón á todas las casas que en estas regiones poseé, jamás he preferido las ventajas de mi propio colegio á las de éste, cuya importancia es y tiene que ser siempre mayor. Si el mío florece, es por pura dignación de la Providencia, y su prosperidad no ocasiona detrimento á esta casa ni á otra alguna. Á todas cobija igualmente el manto del Sagrado Corazón, y confío en que seguirá siendo hasta el fin, su escudo, su amparo, su inexpugnable baluarte. Recibid, con mis propios augurios, las bendiciones que os manda vuestro Prelado, y guardad un recuerdo del Obispo del Potosí, que á nadie cede en amor al Sagrado Corazón y en paternal afecto hacia vosotras.

